

# Como quien espera a Luis Cernuda\* (Entre la realidad y el deseo)

Isaías Peña Gutiérrez

Director

Departamento de Humanidades y Letras  
Universidad Central

¿Qué esperaba Luis Cernuda a comienzos de 1940, cuatro años antes de publicar su libro *Como quien espera el alba*? O mejor, ¿qué alba esperaba encontrar, para entonces, el pensativo y angustiado poeta sevillano? Y nosotros, hoy, ¿qué esperamos del ya lejano Luis Cernuda?

Digamos, para comenzar, que desde muy temprana edad Cernuda aparece escindido entre dos mundos: el clásico, y el moderno; el

de los normales, y el de los extraños; el de la noche, y el del día; el de la razón fría, y el hipersensible; el del muro, y el de la libertad; el de la realidad y el del deseo. Y su gran dilema, por supuesto, siempre será, a partir de entonces, querer ser y no poder ser, dilema que se extiende por su poesía toda y se convierte en su mayor y gran reflexión cuando enfrenta el sentido efímero de la vida, él, que quiere ser eterno.

---

Digamos, para comenzar, que desde muy temprana edad Cernuda aparece escindido entre dos mundos: el clásico, y el moderno; el de los normales, y el de los extraños; el de la noche, y el del día; el de la razón fría, y el hipersensible; el del muro, y el de la libertad; el de la realidad y el del deseo.

---

\* Ponencia leída en la Universidad Nacional de Colombia el 17 de octubre de 2002, con motivo del I Centenario del Nacimiento del poeta español Luis Cernuda.

Sus libros no aparecerán con la facilidad de aquellos que publican sus compañeros de La generación del 27, y por eso decide publicar, en 1936, sus primeros cinco títulos bajo un solo nombre: *La realidad y el deseo*, gracias al auspicio de José Bergamín, y a cuyo lanzamiento acuden los grandes jóvenes poetas del momento, con Federico García Lorca a la cabeza.

Para entender dicha dualidad, la realidad y el deseo, expresada en el único título de su obra, aunque cada volumen tenga el suyo propio, es necesario volver a su niñez y a su juventud y acompañarlo hasta 1936, ya próximo a salir de su querida y adolorida península.

Luis Mateo Bernardo José Cernuda Bidón (Sevilla, 1902) era hijo de puertorriqueño, del que llegara a ser coronel del ejército español, Bernardo Cernuda Sousa, y de madre española. Tuvo dos hermanas, y ellas y sus primas lo indujeron a la admiración por la poesía de Gustavo Adolfo Bécquer, cuyos restos fueron trasladados de Madrid a Sevilla en 1911, acto al que asistió Cernuda de niño. Ser ya poeta niño lo acerca a sus profesores, pero lo aleja de sus compañeros de colegio. Marginalidad que aumenta cuando su despertar sexual lo inclina al extrañamiento de la homosexualidad. En ambos casos, la realidad y los deseos se bifurcan con mayor severidad. Y el deseo conforma la voluntad sensorial, la voluntad anímica, y la voluntad racional. Por eso, en Cernuda el deseo no es el sueño, como propuso alguna vez un escritor español, a no ser que le diéramos el matiz psicoanalítico al sueño de deseo reprimido. Pero el deseo para Cernuda no es la ensoñación, ni es el sueño como futuro romántico; es el querer ser sublimado en las sensaciones que el cuerpo exige, es la potenciación de una voluntad que ansía responder a las bondades de la vida que se esfuma sin poder responder a la eternidad que aspira el poeta.

El hijo del militar es el Gran Deseador frente a una realidad que le impone muros, y por eso sus lecturas de Bécquer serán a hurtadillas de sus padres; y porque comienza a no importarle la realidad, cuando los críticos le endilguen su contemporaneidad con los clásicos, insistirá en su querer ser ante todo: sensible al pasado, a su Gracilaso de la Vega, sensible a lo moderno, sensible al futuro.

Estudia Derecho como quien responde a la realidad, pero no como quien espera el alba, pues su deseo es escribir poesía. En la Facultad de Derecho de Sevilla recibe clases de literatura del joven Pedro Salinas, y por él llega a la modernidad de un André Gide.

Al morir su padre en 1920, según la vieja tradición española, recibe su emancipación legal. En uno de sus memorables poemas, "La familia", perteneciente al libro objeto de estas reflexiones, *Como quien espera el alba*, donde él mismo se califica de "entraña dura", lo cita así: "Era a la cabecera el padre adusto, / La madre caprichosa estaba en frente", y comentará que su padre no lo conoció.

A tiempo que estudia Derecho, entra a cumplir con el servicio militar en el Regimiento de Caballería de Sevilla. Allí, contra la realidad y por su deseo de cantar la imposibilidad del querer ser, escribe los primeros poemas que conformarán su libro, *Perfil del aire*, 23 poemas que figurarán en su edición del 36 como "Primeras poesías".

En septiembre de 1925 se hace abogado, pero jamás ejercerá como tal. Conoce a Juan Ramón Jiménez y publica algunos poemas en la ya prestigiosa *Revista de Occidente*. En Madrid, que visita por primera vez a los 23 años, se encuentra con Ortega y Gasset, d'Ors, Bergamín, Guillermo de Torre.

Y llega el 27 de La Generación del 27. La revista *Litoral*, de Málaga, le publica sus 23 poemas completos y ante la alegría de ver su primer libro publicado, recibe, a la vez, como si fueran banderillazos en pares, las críticas de

---

El hijo del militar es el Gran Deseador frente a una realidad que le impone muros, y por eso sus lecturas de Bécquer serán a hurtadillas de sus padres; y porque comienza a no importarle la realidad, cuando los críticos le endilguen su contemporaneidad con los clásicos, insistirá en su querer ser ante todo: sensible al pasado, a su Gracilaso de la Vega, sensible a lo moderno, sensible al futuro.

---

quienes lo ven poco moderno. En diciembre asistirá, así sea en segundo plano, al homenaje a don Luis de Góngora y Argote.

Entre 1928 y 1936, danzará entre la realidad y el deseo. Pero nunca estará más cerca del deseo cumplido. No hay que olvidar que para Cernuda “el deseo es una pregunta / Cuya respuesta no existe, / Una hoja cuya rama no existe, / Un mundo cuyo cielo no existe”, por-

que los cuerpos son “Mitad y mitad, sueño y sueño, carne y carne, / Iguales en figura, iguales en amor, iguales en deseo. / Aunque sólo sea una esperanza, / Porque el deseo es una pregunta cuya respuesta nadie sabe”. Y es en esta época cuando el deseo es, sobre todo, una esperanza, así resulte trunca, como el alba que nunca llega. Cernuda, luego de abandonar el Derecho prefiere ser librero, y en lugar de ser diplomático pasa a defender la causa republicana y a hacerse comunista, y en 1936, cuando se cierra la primera etapa de su vida literaria —la de sus primeros versos, la surrealista, la reticente y angustiada neo-romántica, la de libros como *Un río, un amor, Los placeres prohibidos, Donde habita el olvido, o Invocaciones*—, publica su volumen citado *La realidad y el deseo*; en septiembre de 1936, según sus deseos, integra el Batallón Alpino que defiende a la República de los ataques franquistas; y, al año siguiente, con Rafael Alberti y Juan Gil-Albert, fundan la revista *Hora de España*, y durante la celebración del II Congreso Internacional de Escritores, en Madrid, actúa como personaje de la obra *Mariana Pineda*, de su compañero de generación, Federico García Lorca. Sin embargo, la República cae, los deseos que son esperanzas, se despeñan, y la realidad vuelve a ser lo primero. Cernuda, un crítico rudo de la intermitencia del deseo, de la fugacidad del tiempo —el tiempo se nutre de esa materia fragmentaria que son los hombres, ha dicho en “Las ruinas”, ese gigante poema suyo—, de la distancia entre el tiempo de la muerte y el tiempo de la dicha (“¿Quién pretende / Que la dicha se mida por el tiempo?”, dijo en “Elegía anticipada”), vuelve, de nuevo, a la realidad y a la fatiga del sueño, y en 1938 sale para siempre de su España desangrada.

Lo llevan a París, a Inglaterra, a Escocia. Ha llegado la hora de escribir *Como quien espera el alba*, libro inmenso que sólo se explica con todo lo vivido en sus pasados 40 años. Son poemas de posguerra, la última etapa literaria

de su vida, que poseen la adulez de las piedras de El Escorial, la de los muros blancos de sus tierras del sur, la de las aguas que no han de pasar por sus labios más de una sola vez (“Aunque no puede el labio / Beber dos veces de la misma agua”), la de las ruinas romanas que ahora rememora en la distancia, la de la juventud sueño latente (“¿Es más bella la hoja / Verde, que su deseo?”), la de su Góngora vencido (“Ventaja grande es que esté ya muerto / Y que de muerto cumpla ya los tres siglos”). Ahí aparece ese cuadro crudo, adusto y ceñido al dolor de la realidad y el deseo, “La familia”; y su poema “A un poeta futuro”, donde con angustia compara el tiempo del hombre con el tiempo de las piedras o de los dioses (leer págs. 206-209). O donde insiste en la doblez de la realidad y el deseo: “Dime, deseo, / Por qué te olvida el cuerpo”. Y llega a engañarse él mismo en “Apología pro vita sua”: “Tras esta noche oscura vendrá el alba / Y hallaremos en ti resurrección y vida”, porque pronto va a decir: “Mas mira cómo el alba a la ventana / Te convoca a vivir sin ganas otro día” “Noche del hombre y su demonio”). En el último poema de este libro, “Vereda del cuco”, Cernuda, como heredero del siglo de oro, vuelve sobre el tema del tiempo y escribe estos bellos versos:

Que si el cuerpo de un día  
Es ceniza de siempre,  
Sin ceniza no hay llama,  
Ni sin muerte es el cuerpo  
Testigo del amor, fe del amor eterno,  
Razón del mundo que rige las estrellas.

No hay dudas de que en esta ocasión, lejos de su tierra, pero apegado a su recuerdo, que es duro y lacerante, porque al exilio congénito de su alma se ha sumado el exilio físico de su patria, Cernuda se centra sobre la dualidad del tiempo frente al ser efímero que es el hombre. Y ningún poema lo expresa mejor que “Los espinos”:

Verdor nuevo los espinos  
Tienen ya por la colina,  
Toda de púrpura y nieve  
En el aire estremecida.

Cuántos ciclos florecidos  
Les has visto; aunque a la cita  
Ellos serán siempre fieles,  
Tú no lo serás por un día.

Antes que la sombra caiga,  
Aprende cómo es la dicha  
Ante los espinos blancos  
Y rojos en flor. Vé. Mira.

---

Los últimos años  
de Cernuda en  
Estados Unidos y  
México, donde  
trabaja como  
profesor de  
literatura y desde  
donde viaja a Cuba  
a conocer a  
los integrantes del  
famoso grupo  
Orígenes —recordar  
a Lezama Lima y  
demás grandes  
poetas cubanos—,  
no alteran su credo  
poético.

---

Los últimos años de Cernuda en Estados Unidos y México, donde trabaja como profesor de literatura y desde donde viaja a Cuba a conocer a los integrantes del famoso grupo Orígenes —recordar a Lezama Lima y demás grandes poetas cubanos—, no alteran su credo poético. Publica sus libros *Vivir sin estar viviendo*, *Con las horas contadas* y *Desolación de la quimera*, que, simplemente, anuncian su presentida despedida. Claro, hondo, exigiendo respeto a su llamado doloroso, aspirando al futuro de los futuros poetas.

Se salva el deseo compartido en sus poemas, se salvan sus sueños postergados, pero para Cernuda el tiempo sigue siendo este fragmentado ser humano. Lo dice de mil maneras

y cada vez más fuerte. Encabalgado en la mejor poesía clásica española o en los dejos de los cantos andaluces. Sin ceder a las críticas, y sin caer en los extremos. Cernuda piensa y siente su poesía y su amargura lo hace más humano. No cree en las victorias de la teoría si la realidad le aprisiona el alma, si el deseo del alba no llega a su ventana. Como quien espera el alba sin ninguna premura y con todo escepticismo. Como quienes esperábamos que Luis Cernuda regresara —y ha regresado— en este centenario de su nacimiento, a decirnos que el alba está lejana y la oscuridad de la noche no ha cedido, aunque deseos y sueños nos sobren.

**bojas Universitarias.....**